LA MODA ELEGANTE

AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 37.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Chaqueta Mariquita.—Moscas y escarabeas.—Cuello de lienzo, adornado de encage.—Cuello de muselina con aplicacion.—Mariposas. — Explicacion del grabado de modas.—Botones.—Servilleta.—Bordado oriental.—Corpiño de cabos.—César de Vermont.—El corredor de playa.—La Vírgen de Agosto en Carratraca.—Crítica literaria.— El coche del diablo.—Figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Chaqueta Mariquita.

Entre las variaciones que la moda ejecuta sobre el tema tan conocido de las chaquetas, nos parece que la chaqueta Mariquita merece una mencion. Muchos de los patrones publicados en nuestros números podrán servir para la ejecucion de esta chaqueta, cuyo borde solamente exige una explicacion detallada.

Se hace de alpaca gris plata, forrada de tafetan blanco ó percal blanco de lustre. El borde se recorta en festones adornados de presillas hechas de tafetan gris de punto de color mas oscuro que el de la alpaca, y que se unen todas á una tira del mismo tafetan y del mismo color. Dos botones de pasamanería con dos presillas-ojales de cordon de seda, sujetan la chaqueta junto al cuello.

La camiseta que se vé debajo es una camiseta-corpiño. Estas son propiamente hablando, unas especies de almillas. La espalda de la camiseta, en vez de estar separada de los delanteros, va unida á estos, de modo que quede cubierto completamente el corsé. Así pues, cuando una dama está sola y tiene mucho calor, puede quitarse la chaqueta, en la confianza de que es fácil ponérsela muy pronto, si lo exige la llegada de alguna visita,

Cuellos y sub-mangas.

Cuello de muselina con aplicacion.—La forma de este cuello es semejante á la de los otros que tenemos publicados; se le corta de muselina. Las hojas aplicadas se recortan de nansouk fino ó batista, y se ponen por debajo de la muselina; se las fija pespunteando todos los contornos sobre la muselina. Los tallos se hacen con tiras estrechas cortadas al sesgo, y pespunteadas; una tira igual orla el cuello; además se pega allí un encage estrecho ligeramente fruncido.

Sub-manga.—La labor de aplicacion es semejante á la que acaba de explicarse. La manga se corta de un solo pedazo, la vuelta se fija sobre el lado transversal de la manga, de modo que deje el sitio necesario para pasar la mano, luego se vuelve á fijar mas allá por un boton de lienzo que se cose en la punta de esta vuelta.

CHAQUETA MARIQUITA.

Cuello de lienzo adornado de encage.—Para este cuello, lo mismo que para el anterior, se podrán utilizar los patrones publicados recientemente, recortando *en puntas* el contorno exterior. Se corta un forro, en todo semejante al cuello, se cosen juntos cuello y forro, haciendo, á medio centímetro de distancia del borde exterior, dos costuras pespunteadas entre las cuales se coloca un cordon muy fino. Los bordes del cuello y del forro se redoblan uno contra otro y se cosen juntos á punto menudo. El encage de Valenciennes tiene 1 centímetro de ancho; se le frunce ligeramente, y se le cose sobre los contornos exteriores del cuello.

Sub-manga correspondiente al cuello anterior.—Las indicaciones relativas al cuello servirán tambien para el puño. La sub-manga, á la que este se une, *tiene 46 centímetros de ancho por 36 de alto en* el medio por detrás. Se la escota sesgando, de modo que se le quiten 9 centímetros en el borde inferior, y 6 ó 7 en el superior, de tal manera que la manga, sobre su costura, no tenga mas que 30 á 31 centímetros de alto. El borde superior se frunce y se cose sobre un puño recto, cortado en tela doble que tenga 5 á 6 centímetros de alto, y 35 de largo.

Mariposas, escarabeas y moscas en tapicería.

Estos dibujos se emplearán en una porcion de circunstancias. En un gran ramo de flores, ejecutado en tapicería, se colocará sobre una flor ó sobre una hoja una ó muchas mariposas, una ó muchas moscas, escarabeas, etc. Se hará con estos insectos una especie de salpicado en los cuadros ó listas de las colchas hechas al crochet tunecino; en fin, se los bordará en las cortinas ó tapetes de verano, hechos sobre tela de sacos de café.

Botones de nueva forma.

Los botones cuyos dibujos publicamos se emplean para trages, chaquetas, paletos, etc. Vamos á describirlos.

Números 1 y 2.—El n.º 1 es cuadrado; se hace de nácar, tallado en facetas. El n.º 2, tambien cuadrado, es de nácar jaspeado de verde. Uno y otro se ponen con la punta hácia arriba, como se vé en el dibujo.

Números 3 á 6. — Botones esféricos de diferentes gruesos. Se les hace blancos, negros, dorados, plateados, de acero, de hueso, de marfil, de nácar, y de diversas composiciones que imiten todas las variedades del mármol.

Números 7 á 10.—Botones planos, y tambien con bordes levantados, de nácar, asta, hueso ó marfil. Los puntos negros del n.º 9 representan chapitas de acero.

Bordado oriental.

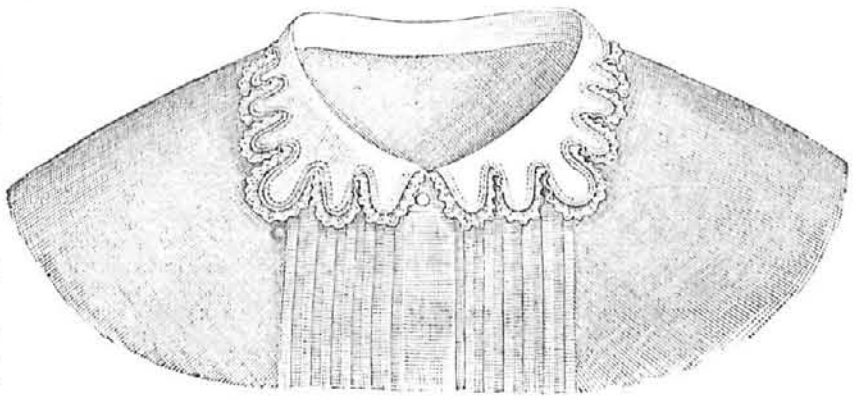
Este es un dibujo que iniciará á nuestras lectoras en una labor de nuevo género, muy fácil de

© Biblioteca Nacional de España

ejecutar, y muy pronto de hacer, y cuyo efecto es en extremo rico.

El bordado oriental se ejecuta sobre muselina y tegidos de lana, para chaqueta de señoras, vestidos de niños, albornoces, abrigos de salida de baile, etc.; se hace tambien sobre cachemira, para bordar los chales de la misma tela que no tienen orla bordada. Es sabido que los flecos sencillos no se admiten ya en los chales de cachemira de la India ó de Francia.

Se ejecuta este bordado con seda floja, ó bien con lana muy fina. Para las orlas de cachemira solo se admite la lana. Se arma la tela sobre hule, como para el bordado de realce; se comienza el dibujo por su orla inferior, hecha á punto de cordoncillo muy largo, con lana blanca. Los lunares colocados en los compartimientos son encarnados orillados de amarillo. El feston que separa las estrellas es granate; se le hace igualmente á punto de cordoncillo como el anterior. La hojita del feston se rellena de blanco, con puntos tan *próximos como sea posible*; las tres estrellas son, la una rosa de China, la siguiente azul de China, la tercera punzó de medio color; las estrellas rosa y punzó se rodean con el mismo color mucho mas oscuro; la azul lleva al rededor blanco. El centro de cada estrella es amarillo. El trébol que va sobre las estrellas se rodea de amarillo; su hoja superior es azul; sus otras dos hojas son verdes. Este dibujo se repite sin cesar, conformándose, en cuanto á los colores, á las explicaciones arriba dadas.

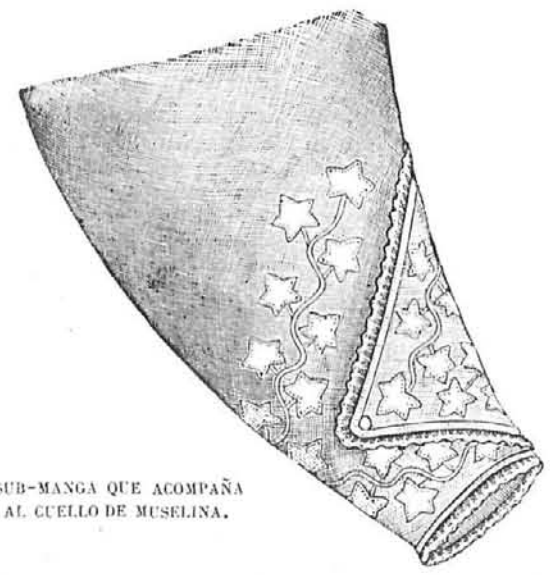


CUELLO DE LIENZO, ADORNADO DE ENCAGE.

gualmente de pasamanería negra, como se indica bien en el mismo dibujo.

Servilleta para mariscos.

Cuando en la mesa se sirven los mariscos, se co-



SUB-MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO DE MUSELINA.

loca junto á cada convidado una servilleta especial, destinada á enjugarse las manos, ahorrando á la servilleta principal las manchas encarnadas que la harian impropia para continuar su oficio.

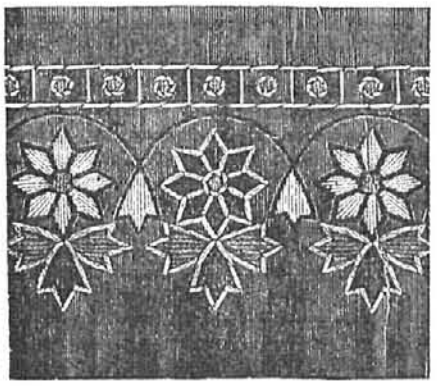
Estas servilletas son cuadradas; tienen el tamaño de una comun en cuatro dobleces, por consiguiente es la cuarta parte en tamaño de una comun, ó hasta de una servilleta para té, porque á veces se las hace muy pequeñas. Se las corta de lienzo muy grueso crudo, conocido por lienzo para rodillas, dejando al rededor un espacio suficiente para formar un fleco sacando los hilos. Se borda en el centro el cangrejo, empleando algodon encarnado, y al rededor de aquella se ejecuta una greca cualquiera, ó una orla recta, semejante á la del dibujo que en este número representa el bordado oriental; esta orla se hace tambien con algodon encarnado.

Corpiño con cabos anchos.

Publicamos en la página 293 el grabado de un corpiño de cabos, especialmente adecuado para las señoritas jóvenes. Este corpiño se hace de tafetan negro; se compone de un coselete, ó corpiño bajo, con cinturon muy ancho, de tiras que forman tirantes y escote, de dos cabos anchos por delante y otros dos por detrás; el interior del corpiño se rellena por un enrejado de cintas estrechas de terciopelo negro; un guipur negro, puesto liso, rodea todo el corpiño, y se completa con un fleco de bolitas de pasamanería negra. Por delante, el corpiño se cierra con botones esféricos, hechos i-

EL CORAZON.

Segun la medicina, el corazon no es mas que la regadera del cuerpo humano.



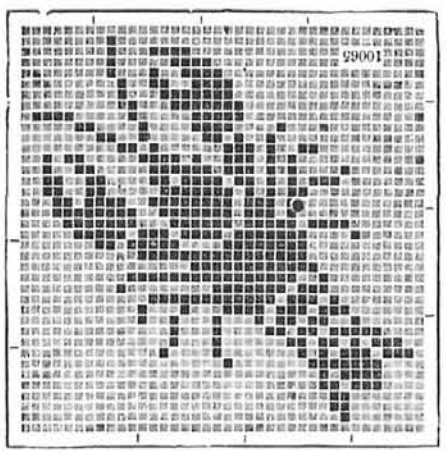
BORDADO ORIENTAL.

Una especie de bomba que comprimiéndose y dilatándose alternativamente, lanza raudales de sangre por las misteriosas vertientes de las venas.

Mecánicamente considerado, es el muelle real de este reloj enteramente descompuesto, que se llama hombre.

Un aparato admirablemente construido, pero nada mas que un aparato.

La medicina y la mecánica se sientan al pié de ese descubrimiento con la satisfecha tranquilidad



SERVILLETA PARA MARISCOS.

del viajero que ha terminado su camino.

Hé ahí el corazon segun la ciencia.

Nosotros ponemos la mano sobre él y lo sentimos golpear incesantemente como si quisiera que no olvidáramos que va siempre con nosotros.

En sus latidos hay algo de impaciencia, algo de esa precipitacion que en sus movimientos llevan las cosas que acaban pronto.

Parece que la rapidez incesante con que se agita es una voz sin palabras que nos está gritando siempre; «esto va de escape.»

Yo creo algunas veces que es un ser escondido dentro de mi ser, encargado de contar los instantes de mi vida.

Terrible cronómetro que no pierde ni un átomo de tiempo.

Sus latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que vá minando lentamente los cimientos de un edificio.

El dia que el ruido cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos solo arroja la sangre que nos dá la vida.—Observadlo bien, y vereis que cuando se siente oprimido, empuja hácia los ojos torrentes de lágrimas.

El corazon se puede decir que es el cerebro de los sentimientos.

La cabeza nos dice: piensa; el corazon nos dice: siente.

La inteligencia discurre, el corazon adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazon es una esperanza.

La razon hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazon.

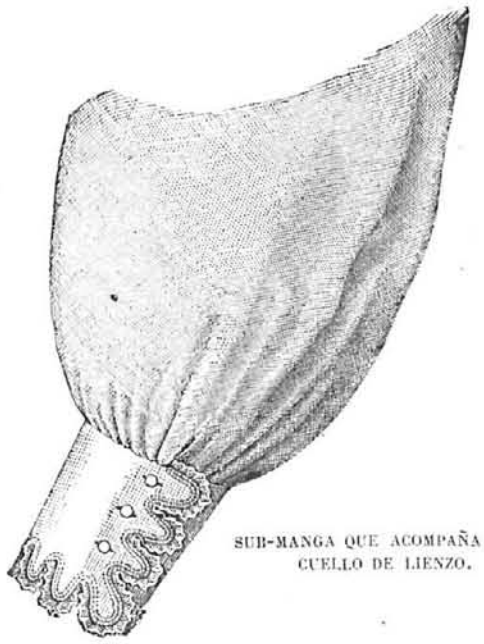
La inteligencia más grande no vale tanto como un corazon hermoso.

La inteligencia propone, el corazon manda.

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento.

La lógica del corazon dispone de argumentos irresistibles.

Nada más fácil que tener veinticinco años.



SUB-MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO DE LIENZO.

Á poco de nacer los tiene cualquiera.

Un hombre de veinticinco años tropieza un dia con una hermosa cabeza plantada gallardamente sobre un cuerpo lijero y gracioso.

Esta cabeza tiene una cara, tiene una boca fresca como una rosa que acaba de abrirse y dos ojos que no deberian cerrarse nunca.

Este tropiezo es una mujer, y Madrid está lleno de estos tropiezos.

Dos corazones jóvenes se entienden al instante, porque el corazon es mucho más perspicaz que la inteligencia.

Se ven: este es el exordio.

Se miran: esta es la exposicion.

Se hablan: esta es la conclusion.

La fuerza lógica de este discurso produce á la vez *en ámbos un mismo convencimiento*. Los dos se separan seguros de que han nacido el uno para el otro.

Hágase del amor una idea y esos pobres amantes no se convencerán jamás.

La serpiente del paraiso con todo su talento hubiera luchado mucho tiempo sin convencer á Adan para que probára el fruto prohibido.

Así debió comprenderlo, cuando desechando todos los persuasivos recuerdos de su diabólica imaginacion, adoptó por toda figura retórica, la hermosa figura de Eva.

Todo hombre enamorado es un ser á quien por un procedimiento incomprensible, se le ha subido el corazon á la cabeza.

Por eso discurre de una manera que nos

CUELLO DE MUSELINA CON APLICACION.

© Biblioteca Nacional de España

parece loco.—Aquí hay un padre severo.

Ha vaciado su voluntad en el molde frio de la razon.

Discurre con una lógica incontestable.

Todo el mundo es de su parecer, excepto su hija.

La cuestion es muy sencilla: se trata de elegir un marido.

El padre ha puesto los ojos de su razon en uno: la hija ha puesto los ojos de su corazon en otro.

El padre hilvana una serie de reflexiones profundas, y sostiene una idea con argumentos incontestables.

La hija oye y calla: realmente no tiene nada que contestar, y el padre se restrega mentalmente las manos celebrando el triunfo de su razon y la eficacia de su lógica.—Entretanto el corazon de la hija late apresuradamente, como si quisiera aturdirla con su continuo martilleo.

Al otro dia el padre observa que su hija ha comido poco.

Al otro dia nota que está demasiado pálida.

Y al dia siguiente la sorprende llorando.

Estos tres argumentos formulados sucesivamente, destruyen toda la fuerza de su convencimiento.

Una sombra de tristeza, un poco de palidez y unas cuantas lágrimas, acaban de mofarse de un cúmulo de razones que parecian indestructibles.

No quiera Dios que una mujer ó un niño os pidan una iniquidad por medio de una lágrima ó de una caricia, porque de seguro os convencerán.

Examinad bien vuestra gabeta.

Los números inflexibles os señalarán con la sangre fria que los distingue, la cantidad precisa de dinero que forma toda vuestra fortuna.

El último duro os dice resueltamente que no hay más.

Pero hay en la joyería que está en frente de vuestra casa, un brazalete que se ha empeñado el joyero en que vale lo menos el doble de vuestra fortuna.

Teneis una hija, una amante ó una esposa que ha hecho de ese brazalete el objeto constante de su pensamiento.

Vuestro corazon tiene tambien su aritmética y echa sus cuentas.

El brazalete cuesta el doble de vuestro dinero, pero la alegría de una hija, la sonrisa de una amante ó la tierna satisfaccion de una esposa, valen mucho más que el brazalete.

Esto es casi una especulacion, y el corazon es un bolsillo inagotable.

Vuestro dinero se dobla.

Para el corazon no existen imposibles.

La elocuencia seria bien poca cosa si solo tratára de convencer.

Si no conmoviera, no haría nada.

El estilo es el hombre, ha dicho uno y todos hemos repetido, y esto para mí quiere decir que el hombre es su corazon.

No todos los cadáveres están en el cementerio: muchos circulan insepultos fingiendo una vida que han perdido.

El hedor de sus pensamientos, la frialdad moral de sus palabras, os dirán cuáles son los que pasean en el mundo un corazon muerto.

Un tonto, inspira desden.

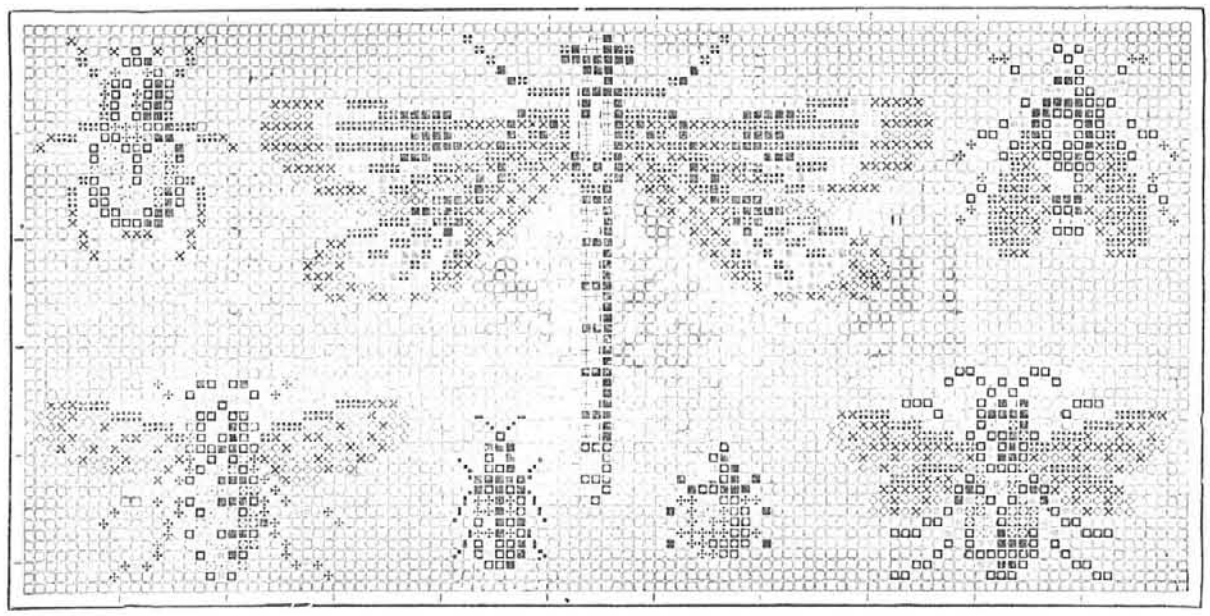
Un hombre de talento, admiracion.

Un corazon corrompido, ódio.

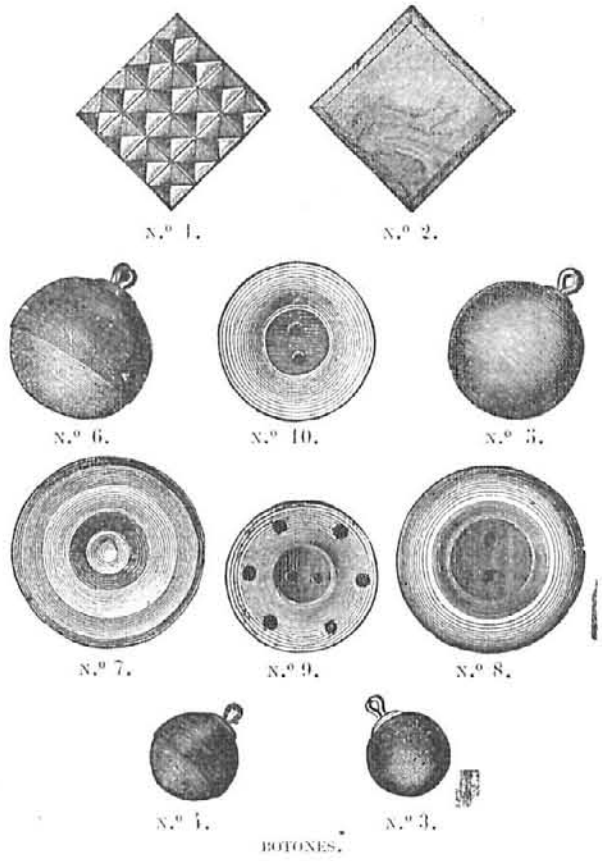
Un corazon generoso, cariño.

La sensibilidad es la inteligencia del corazon.

Un hombre sin corazon es una estátua que parece que piensa.



MARIPOSAS Y ESCARABEAS.—■ Negro. ▫ Sépia claro. ▪ El mismo color medio. ■ El mismo color oscuro. ▫ Amarillo claro. ▨ Aceituna claro. ▨ Aceituna oscuro. ▫ Rojo de ladrillo claro. ▪ El mismo color medio. ■ El mismo oscuro. - Gris claro. ▫ Gris medio. ■ Gris oscuro. ' Blanco. ▫ Azul claro. ▪ Azul medio.



N.º 1. N.º 2.

N.º 6. N.º 10. N.º 5.

N.º 7. N.º 9. N.º 8.

N.º 4. N.º 3.

BOTONES.

Una mujer sin corazon es menos todavía, es una estátua que se mueve.

José SELGAS.

CÉSAR DE VERMONT.

(Continuacion.)

Una hermosa tarde, César y Doña Ana se hallaban sentados á la sombra de un copudo granado, cuyas ramas, cubiertas de su verde follage y sus encarnados frutos, los cubrian casi enteramente, y miraban hácia la cima de Santa María.

Doña Ana hablaba poco: no era espansiva, pero el fondo de su corazon se dejaba ver en su mirada. Cuanto ella decia era reflexivo, grave, sério, y daba que pensar al que la escuchaba. César sabia comprenderla. Ignorando ella misma que fuese un modelo raro de mugeres, jamás se habia dirigido sino por la nobleza de su corazon y por la pureza de su alma, que habia permanecido siempre al abrigo de toda mala influencia. En presencia de César; cuya verdadera superioridad y noble carácter habia apreciado desde luego, era modesta como un niño. Incapaz de fingir, pero por otra parte con la timidez de una doncella, no dejaba que ni su boca ni sus ojos revelasen lo que sentia; sin embargo, en su abandono, llena de confianza respecto á aquel hombre, se manifestaba evidentemente un sentimiento mas dulce, de que ella misma no tenia aun conciencia. Doña Ana era de aquellas mugeres que no pueden amar sino una sola vez, aquel tranquilo castillo debia pues ser su tumba, si aquel á quien habia entregado con su corazon su felicidad y su vida tuviese que apartarse de ella. Así, sin haber cambiado una sola palabra de amor, César y Doña Ana podian separarse ya con la conviccion que se pertenecian el uno al otro.

Su conversacion fué interrumpida porque se oyeron pasos, era un húsar que buscaba á su oficial para entregarle una carta.

—Mi teniente, dijo, ved aquí una órden que viene de Chiva, del regimiento. Milnier, vuestro antiguo soldado, es quien la trae. Tres dias ha tardado en el camino: le han muerto el caballo de un tiro; se ocultaba durante el dia, y solo caminaba de noche, pero ha vencido todas las dificultades, porque vos sabeis todo el afecto que os profesa. La órden debe ser importante.

César rompió el sello; púsose pálido; sin embargo dobló la carta con calma.

—Di á Milnier que le doy muchas gracias, dijo entonces, y cuida de que nada le falte. Y á propósito, qué tal va por estas cercanías?

—Mal, muy mal, mi teniente; los miguelete se presentan por todas partes; los paisanos mismos salen furtivamente de este lugar que ocupamos para irse á la montaña. El sargento, que entiende algo el español, ha sorprendido una conversacion entre dos paisanos. De ella se colige que acaso tendriamos hoy que servirnos de nuestras carabinas. Hace media hora que he visto al otro lado de la montaña un peloton de unos cien hombres armados de escopetas.

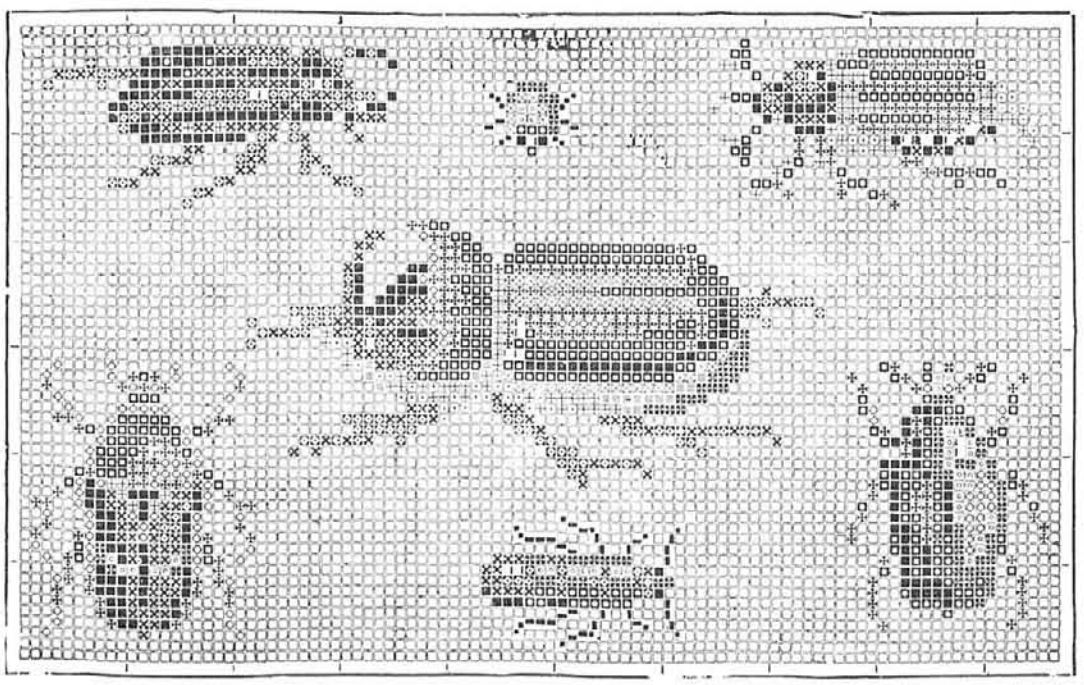
—Está bien, dijo César, que se preparen á marchar los tres hombres que hay en el castillo, pero sin llamar la atencion. Que salgan á pasear sus caballos y el mio, como de costumbre, para llevarlos á Oliente, lleva tambien mi maleta, y no dejes en mi cuarto sino mi sable y mis pistolas: que el sargento disponga tambien todo para la marcha del destacamento, y eso con el menor ruido posible, á fin de que los paisanos nada sospechen. Dentro de una hora, á mas tardar, estaré con vosotros.

—¿Y quereis quedaros aquí solo, mi teniente? preguntó el húsar.

—Si, no hay ningun peligro. En cuanto á vosotros, guardad vuestro cuartel, y no dejeis que se aproxime á él ningun hombre armado. Sobre todo, que mis órdenes sean rápidas y puntualmente ejecutadas.

El húsar se retiró. César permaneció algunos momentos pensativo: cuando volvió su vista hácia Doña Ana vió que su semblante habia perdido el color. No habia comprendido la conversacion de César con el húsar, pero sin embargo lo sabia todo.

—Señora, dijo César, hace cuatro dias que mi coronel me ha enviado esta carta. La sierra está sublevada, y mi jefe me manda volverme al momento.



MOSCAS Y ESCARABEAS.— ■ Negro. ▪ Gris oscuro. ▫ Gris claro. ' Blanco. ▫ Chocolate claro. ▪ El mismo color medio. ■ El mismo color oscuro. ▨ Azul lapisláculi. ▨ Verde claro. ▪ Verde medio. ■ Id. oscuro. ▨ Color de arena claro. ▪ Id. medio. ■ El mismo color oscuro.

© Biblioteca Nacional de España

Doña Ana no respondió. El temblor de sus pálidos lábios revelaba el combate que tenia lugar dentro de su alma; sus crispadas manos oprimian su pecho.

César se levantó. Su triste mirada bajó un instante sobre las montañas vecinas. Quiso hablar, y la palabra espiraba en sus lábios.

—Señora, dijo al fin, es preciso que parta; Dios vele sobre vos, sobre vuestra madre y sobre mí!

Doña Ana se levantó tambien entonces, y como vacilase, César le asió una mano.

—Espero, señora, que nos volveremos á ver, pero si esto no se verifica, acordaos siempre de que experimento por vos los sentimientos de un hermano hácia una hermana querida. La existencia que os espera no tendrá quizá para vos muchos encantos; no la hagais mas triste dando vuestra mano á Don Manuel.

—Jamás, dijo entonces Doña Ana mirándole, y completando su pensamiento por un movimiento de cabeza grave y solemne.

—Vos os encargareis, ¿no es así? de decir á Doña Jimena que he partido para la aldea inmediata, ó para cualquiera otra parte? preguntó César, comprimiendo lo mejor que pudo la agitacion que experimentaba.

—¡Oh, madre mia! madre mia! exclamó Doña Ana, lanzando un profundo suspiro, y su mano estrechó la de César,

—¡Dios os ayudará! dijo el oficial con voz casi apagada.

—Porqué, porqué habeis venido aquí! continuó Doña Ana con un grito de desesperacion.

—Señora, replicó César, no quiero mentir al dejaros; sí! lo confieso, he venido con la esperanza de volver á ver á aquella que me salvó la vida en Valencia.

César creyó ver que Doña Ana se extremecia, y creyó sentir una presion casi imperceptible de su mano.

—¡Si! Dios protegerá á mi madre y á vos, dijo ella entonces irguiéndose; partid, caballero, y hoy no penseis sino en poneros en salvo.

Un momento permanecieron mirándose fijamente el uno al otro. Lo que el destino habia comenzado en la casa de Doña Dorotea moribunda, lo acababa dándole un desenlace sin esperanza!

En fin Doña Ana retiró su mano de la de César, y le hizo señal de que partiese. El jóven se alejó entonces, como si debiese ver por ultima vez aquel rostro encantador. En efecto, á pesar suyo, pensaba en la muerte que acaso le esperaba en el desfiladero de Andiga.

Aunque el dolor que en vano queria dominar le hiciese indiferente á todo lo que no era aquella que ocupaba por entonces su pensamiento, sin embargo, al aproximarse al castillo no pudo menos que percibir gritos que de él partian. Puso el oido, y la vigilancia del soldado pudo mas que el enervamiento causado por el dolor. Era como un ruido de muchos pasos, acompañado del crujido de armas, y cuando penetró por una puerta trasera del edificio, oyó gritar: Aquí está! que se llame á Don Victoriano y á Don Manuel! aquí está el gabacho!

Sin alterarse por aquellos gritos, ni mostrar temor de aquella gente que le miraba con aire mas curioso que amenazador, César se dirigió á su habitacion, donde halló muchos hombres que habian puesto sobre una mesa su sable, sus pistolas y su dolman, verosimilmente para apoderarse de ellos.

—Hola! amigos mios, ¿qué haceis ahí? les dijo César. Es que quereis llevar todo eso al pueblo? Yo mismo me encargaré de ese trabajo.

La pureza con que hablaba el idioma y su sangre fria produjeron su efecto.

—¡Perdonad, señor! Es un español! y se parece prodigiosamente á Don César! dijeron entonces aquellos hombres, que se habian quedado entupefactos. Durante este tiempo, César enganchaba su cinturon, se ceñia sus pistolas, echaba el dolman sobre sus hombros y ponia en su cabeza el chacó; despues preguntó

—¿Están ya de vuelta Don Victoriano y Don Manuel?

—Sí, señor, y se os busca, le respondieron.

—¿Cuántos sois?

—Unos ochenta hombres.

—¿Habeis subido por Oliente?

—No señor! hemos trepado por la montaña y nadie nos ha visto. Una persona del castillo nos ha introducido por una puerta secreta.

César tenia ya la certeza de que se habia querido hacer una sorpresa; pero sabia tambien que sus húsares habian salido del castillo y llegado al pueblo sin tropiezo con sus caballos, y como buen oficial que queria á cada uno de sus valientes húsares, se alegró de todo corazon.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de lienzo crudo con bordes recortados, ribeteados de galon negro.—En cada feston se pone una presilla larga, ribeteada de galon negro y adornada con botones tambien negros. Corpiño de forma de casaquilla, con chaleco, uno y otro igual á la enagua,

Vestido de niña, de lienzo gris, con bordes recortados, guarnecidos con galon de lana encarnada,

Trage de moer crudo.—Los paños, festoneados, llevan un grueso ribete azul, y se adornan con botones azules; el corpiño es igual por detrás al anterior.

© Biblioteca Nacional de España

e la insurreccion.

Durante un breve rato todos gu...daron silencio. César arrostró friamente la mirada l...na de amenaza de los españoles. En fin Victoriano tomó la palabra. Parecia como que trataba de expresarse con calma y autoridad, pero á su pesar habló con las vacilaciones de una mala conciencia, y con la rencorosa alegria de la venganza satisfecha.

—Caballero, dijo, la sierra está sublevada, como la España entera; los franceses han abandonado las montañas, así como las cercanías de Valencia; en diez leguas á la redonda no hay mas franceses que vuestros húsares. Debeis comprender que toda resistencia es imposible, y que vuestros soldados se ven en la necesidad de rendirse á discrecion.

—Ese que usais, dijo friamente César, es el lenguage de un rebelde. Continuad.

—Nosotros hemos jurado la muerte de todos los franceses, continuó Victoriano. Sin embargo, en consideracion á vuestra posicion particular y al funesto error en que se encuentra aun mi madre, queremos concederos gracia, pero á vos solo. Podeis sostener que os habeis quedado aquí en consideracion al estado de mi madre, aunque esto no sea verdad.

—Nó, replicó desdeñosamente César interrumpiéndole, me he quedado porque mi coronel me envió, y hasta hoy no he recibido la órden de volverme.

—¿Una órden? preguntó Victoriano con aire de duda. Habria podido llegar hasta aquí un gabacho?

—Ciertamente, y mi coronel no debe de estar ya tan lejos, puesto que ha podido enviarme un mensaje, dijo tranquilamente César.

—Ese es un ardid de guerra! exclamó Don Manuel con tono desdeñoso. Yo sé muy bien que Chiva ha sido abandonada.

—En una palabra, caballero, añadió Victoriano, vuestra vida está en nuestras manos; os la concedemos á condicion de que os quedeis aquí para continuar representando con mi madre vuestra deplorable comedia.

—Está bien, dijo César trémulo de cólera al oir á aquel miserable. ¿Y mis húsares?

—De nada respondo respecto á ellos, respondió friamente Victoriano; volverán como puedan.

Diciendo esto, soltó una carcajada, y Don Manuel le imitó.

César se levantó, su rostro estaba pálido y frio como el mármol.

—Don Victoriano de Gomez, y vos Don Manuel, dijo cogiendo una pistola y montándola con rapidez, yo os arresto como rebeldes al rey José. Deponed las armas. El primero que haga el menor movimiento para defenderse cae muerto á mis piés de un balazo. Vamos, á tierra las armas! Y dirigió con tanta energía su pistola contra Don Victoriano que e te palideció y sintió que sus miembros vacilaban.

—Este hombre está loco! gritó Don Manuel; ¿será necesario matarle, Victoriano?

—Atreveos á hacer un solo movimiento, y disparo, dijo á su vez Don César, con toda la calma de un soldado probado en los peligros; y ya con la mano izquierda apuntaba su segunda pistola contra Don Manuel.

En este momento se abrió una puerta lateral, y por ella apareció Doña Jimena, apoyada en el brazo de Doña Ana. ¿Era un mero acaso, ó eran las instigaciones de su hija las que hacian dirigirse hasta allí los vacilantes pasos de la enferma? Esto es lo que César ignoraba, pero comprendia que los instantes eran preciosos, y que debia la vida al momentáneo espanto que habia logrado causar á los dos españoles, á los que era preciso no dejar tiempo para tomar sus armas.

—Salid, salid, gritó mientras que Doña Jimena y su hija, lanzando un grito de terror, se detenian en el umbral de la puerta. Salid, salid! Aquí se ventila una cuestion de vida ó de muerte! Salid, señora, no puedo en este momento pensar en vos!

Ana pareció comprenderlo todo.

—Salid, madre mia! dijo, es una disputa entre hermanos; y ellos solos la decidirán. Victoriano es violen-

CORPIÑO DE CABOS ANCHOS.

© Biblioteca Nacional de España

to, pero César es apacible. Ellos se reconciliarán! Venid, venid, dejad que ambos se entiendan.

—Nó, nó! gritó la pobre madre, casi luchando con Doña Ana. Esas miradas furiosas!..Hijos mios!...Habeis dicho que es cuestion de vida ó muerte!

—Arrojad vuestra arma al suelo! gritó César, viendo á Don Manuel levantar una pistola que habia sacado del cinto, ó por el Dios del cielo os juro que haré fuego.

De repente llegó hasta la habitacion el ruido de un espantoso tumulto. Todos escucharon, hasta la misma Doña Jimena. ¿Qué era lo que lo causaba? ¿Acaso los húsares acudian á socorrer á su jefe? Se oia, en efecto, como la agitacion de un combate, y cada vez mas enérgicos y estrepitosos se escuchaban gritos de una salvage alegria. Todos allí permanecian inmóviles.

La puerta que daba al corredor se abrió entonces bruscamente y como si la violentase á los gritos de Don César! Don César de Gomez! En aquel punto un jóven de estatura, de barba y cabellos negros, con el trage de los paisanos de aquella tierra, cubierto de polvo, y llevando en la mano una escopeta, se presentó en la puerta rodeado de un tropel de hombres ébrios de alegria. El recien-venido, á la vista de la escena que tenia lugar en la habitacion, á la vista del oficial que tenia siempre levantadas sus pistolas con ademan amenazador, se detuvo tranquilamente en el umbral de la puerta, haciendo vagar sobre aquel extraño grupo su radiosa y brillante mirada.

(*Se continuará.*)

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

El patio de la granja presentaba un aspecto imponente; por un lado se veia una fila de soldados apoyados en sus fusiles; por otro unos cuarenta emigrados se reunian en diversos grupos. Entre aquellas víctimas de la guerra habia ancianos cuya espalda se doblaba al peso de los años, y adolescentes cuyos rostros delicados podrian confundirse con el de una jóven. Dos ó tres estaban sentados junto al muro con la cabeza caida, las megillas pálidas, los ojos velados por la tristeza. Mientras sus compañeros de infortunio trataban de consolarlos, ellos levantaban al cielo sus ojos, como contemplando el camino que les faltaba recorrer para llegar á una patria mejor.

La mayor parte tenian los vestidos desgarrados, negros los labios de la pólvora, y sus numerosas heridas atestiguaban el encarnizamiento del combate. Sin embargo, sus facciones conservaban su dignidad natural, y en sus miradas, que no eran ni medrosas ni provocativas, reflejaba la serenidad de un deber cumplido.

Un solo prisionero, un anciano de cabellos blancos, parecia anonadado bajo el peso del dolor, enjugando de vez en cuando una lágrima. Estaba sentado tambien, y sobre sus rodillas se agitaba un jóven en dolorosa agonía. Habia recibido un bayonetazo en el costado, y su anciano padre, que le habia sostenido hasta la puerta de la granja, le sostenia ahora contemplando su dolorosa agonía.

Mientras unos se ocupaban en vendar con sus propios pañuelos las heridas de sus camaradas, y otros deploraban en voz baja la suerte de su patria, un jóven, refugiado en un rincon, con la espalda vuelta á los centinelas, escribia unas palabras con lápiz en un pliego, del cual pendia un sello de lacre negro.

Uno de sus compañeros le dijo que era inútil hacer testamento ni escribir á su padre, porque su mensaje no llegaria probablemente á su destino; pero el otro, demasiado absorto para responder, continuó escribiendo con precipitacion febril, guardó el papel en el pecho y se dirigió á uno de los soldados.

Este le apuntó con la bayoneta, otro soldado levantó sobre él el fusil, y un tercero le dió un empujon que le hizo retroceder seis pasos.

El jóven miró en torno suyo con angustia, buscando á quien poder confiar su mensaje, y en aquel instante entró el jefe que habia quedado encargado de la fuerza; se aproximó al anciano que aun abrazaba el cuerpo inanimado de su hijo, y convenciéndole de que no abrazaba mas que un cadáver, dió órden de sacar aquel cuerpo de allí.

En el instante en que se separó del anciano, el jóven, rechazado por los soldados, se acercó á él:

—Ciudadano comandante, exclamó con ademen de súplica, una sola palabra, y mi gratitud será eterna.

—Hablad, dijo el oficial, interesado á pesar suyo por aquel aire distinguido.

—¿Podreis decirme si el capitan Luis Stock forma parte de las tropas que sitian á Nieuport?

—¿El valiente capitan Luis Stock? es uno de mis mejores amigos: ¿le conoceis?

—No, señor; nunca le he visto.

—¿Qué quereis entonces para él?

—Confiarle un secreto.

—¡Un secreto! ¿Tendreis quizá revelaciones que hacer?

—¡Quién sabe! Yo os ruego le digais que un prisionero quiere hablarle, antes de morir, de personas que le son queridas.

—Está bien, se lo diré.

El oficial se alejó, y el jóven prisionero se reunió á las demás víctimas. Miró entonces al anciano, á quien acababan de arrebatar el cuerpo de su hijo, con la palidez de la muerte en el rostro, los ojos inundados de lágrimas, las facciones contraidas por una agitacion nerviosa, rodeado de sus compañeros de desgracia, que escuchaban sus quejas con una tranquilidad muy semejante á la indiferencia. En presencia de la muerte que á todos iba á alcanzar, ¿qué valor podian tener para ellos aquellas quejas arrancadas por la muerte?

Cuando el jóven que habia hablado con el oficial se reunió á ellos, dijo al anciano con acento de compasion:

—¡El infeliz Jorge está ya en el cielo! Comprendo vuestro dolor, señor conde: nosotros, al perder la vida, perdemos solo el espectáculo de las desgracias que pesan sobre la Francia; vos, al ver morir á vuestro hijo, habeis muerto dos veces.

—Es el tercer hijo que veo sucumbir entre mis brazos, murmuró el anciano.

—La misma suerte nos aguarda á todos, señor conde: un poco mas pronto ó un poco mas tarde, todos moriremos. La nobleza francesa no encuentra reposo mas que en el seno de Dios: allí encontraré yo á mis padres; allí os reunireis con vuestros hijos.

—Os engañais, M. de Milval: no es solo la pérdida de mis hijos la que me hace derramar lágrimas, sino la idea de que su sangre ha corrido inútil para la patria. Dos hijos me restan, últimos herederos de mi nombre; ambos están en la defensa de Nieuport: unos dias mas, y mi raza habrá desaparecido.

—Quizá Dios nos socorrerá antes, señor conde.

—¡Socorrernos! ¡imposible!...ó lo que es lo mismo, salvar á Nieuport, repuso el anciano con amargura. Los Paises Bajos están en poder de la república; los navios ingleses no pueden ni quieren acercarse á la costa; no habia mas que un medio: yo le he propuesto, y todos le habeis rehusado. Ese valor, esa temeridad imprudentes no son de provecho para la Francia, y aquí teneis la consecuencia de vuestra temeridad.

—¡Pero huir sin haber combatido!...

—Ese empeño está diezmando la nobleza francesa.

—¿Y hubiéramos debido abandonar á Nieuport sin hacer resistencia?

—La defensa era inútil: teniamos que sucumbir; hemos expuesto voluntariamente centenares de hombres, y Dios nos pedirá cuenta de esa sangre inútilmente vertida. Si al menos nuestros amigos que aun están libres pusieran en práctica mi proyecto.

—Ya es imposible, señor conde; las dos salidas del puerto están guardadas por las tropas.

—No, aun era tiempo; cuando suba la marea, los cañones tendrán que retroceder; el fuerte quedará libre por el lado del mar, y aunque se perdieran algunos hombres, otros muchos podrian llegar á bordo de los navios ingleses: mas de ochocientas vidas queridas á la Francia podrian salvarse. El que decidiera á sus compañeros á adoptar esta resolucion, habria hecho el servicio mas importante que al presente exige el pais.

—Debemos prepararnos, dijo uno de los emigrados, creo que vienen á buscarnos.

—¡Valor, hijos mios! dijo el venerable anciano. Demostremos á nuestros verdugos que los nobles franceses no tiemblan ante la muerte.

El oficial de guardia apareció de nuevo, buscó con la vista á M. de Milval y le hizo seña de que se acercase.

—Seguidme, le dijo, el capitan Stock os espera.

Los soldados escoltaron al preso, y el comandante le hizo entrar en una habitacion inmediata donde esperaba el capitan Stock. Cuando este fijó los ojos en el preso, una exclamacion de asombro se escapó de su boca.

—¿Le conociais? repuso el otro oficial.

—Esta mañana le conocí. El es quien ha herido mi mano.

Y viendo que el jóven prisionero parecia consternado por aquel incidente, añadió:

—No os cuideis de esa herida; son gajes de la guerra. Lo mismo da otro que vos. Os compadezco porque empleais tan noble valor en servicio de una causa desesperada. Ahora os escucho.

—Señor capitan, murmuró el jóven en dialecto del pais aunque chapurrado; quisiera hablaros de vuestro hermano ciego y de vuetra sobrina.

El capitan se extremeció; miró al jóven con asombro mezclado de cólera, y dominando su emocion, cambió en voz baja algunas frases con el otro oficial que salió, cerrando la puerta.

—¡Cómo! exclamó, ¿seriais ese fugitivo, ese herido que ha recogido mi hermano?

—El mismo, capitan; soy Milval.

—¡Milval! ¿y esperais que yo haga nada en vuestro favor?

—No, capitan, no podriais tampoco. Sé que el sol de mañana alumbrará mi tumba: la muerte no me asusta.

—¡Ingrato! repuso el capitan con amargura; ¡pagar la mas noble hospitalidad con la desgracia de una inocente niña!

—¡Desgraciada! ¿quién? repuso el preso con ansiedad.

—¿Fingis ignorarlo?

—¡Oh, noche fatal! pues que Bella, la generosa Bella fué quizá alcanzada por las balas del puesto. ¿Está herida? ¿ha muerto?

El capitan, repuesto de su asombro, exclamó:

—Habeis equivocado el sentido de mis palabras. Bella volvió sana y salva; pero no por eso vuestra conducta es menos infame. En fin, pronto os juzgará Dios: decid para qué me habeis llamado.

El prisionero sacó de su seno el pliego lacrado y un medallon, mientras decia al capitan:

—¡Me acusais de ingratitud! Si pudiérais leer en el fondo de mi alma, veriais que el reconocimiento la llena.

El capitan tomó los objetos que el jóven le presentaba, y dijo:

—¿Qué es esto? ¡Un testamento! Habeis adivinado que ibais á morir? ¡qué veo! ¿nombrais á mi sobrina heredera universal? ¡Insensato! ¿no sabeis que vuestros bienes han dejado de perteneceros?

—Lo sé; pero acaso llegará un dia en que me sean devueltos á mi ó á mis herederos; sé que no la dejo mas que una esperanza, pero es lo único que poseo sobre la tierra. Mi vida seria poco para pagar los sacrificios de vuestro hermano y de Bella; dejadme pues llevar á la tumba el consuelo de que conservará ese papel como un recuerdo del desgraciado á quien salvó dos veces.

—En hora buena: entregaré este papel á mi sobrina.

—Este es el retrato de mi madre, repuso Milval abriendo el medallon. Le he llevado al cuello desde mi infancia, ha sentido todos los latidos de mi corazon.

—Está guarnecido de diamantes, dijo el capitan tratando de rechazarlo.

—Los brillantes no tienen gran precio: pero el retrato de la que desde el cielo me llama, es el objeto de mas valor que poseo ni he poseido nunca: dádsele á Bella: si mi recuerdo se borra de su mente un dia, ese retrato le pedirá una oracion para mí.

—¿Teneis algo mas que decirme? repuso el capitan conmovido.

—Perdonad, capitan, pero va escrito algo con lápiz al reves del testamento, es mi último adios: acabo de escribirle ante los últimos soldados que me guardaban.

El oficial volvió el pliego y leyó lo siguiente:

«¡Angel de bondad, ángel de amor! Se ha decidido mi suerte. Soy prisionero de guerra y voy á morir. Un solo pesar entristece mis últimas horas: la idea de morir sin haber podido recompensar vuestros generosos sacrificios. ¡Oh, Bella! Si me hubiese sido dado volver á mi patria, hubiera consagrado el resto de mis dias á haceros dichosa. Hay en mi corazon un secreto que bajará conmigo á la tumba. Abrazad en mi nombre á vuestro padre y José; y vos, Bella, acordaos alguna vez en vuestras oraciones del infeliz que morirá pronunciando vuestro nombre.»

Luis Stock enjugó sus ojos con el dorso de su mano y dijo:

—Estaba irritado contra vos, y sin saber porqué, no acierto á dirigiros las reconvenciones que pensaba: os creo mas desgraciado que culpable: pero desde que mi sobrina expuso su vida por salvaros, va languideciendo y perdiendo su salud. Todos creemos que la inquietud que le causa vuestra suerte, es la única causa de su pesar; yo me adelantaba á creer que vos, con falsas esperanzas, habiais hecho nacer en su pecho un amor imposible...pero al escucharos desisto de mi idea. ¿Vos no la habeis dicho nunca que la amabais?

—Jamás, capitan.

—Sin embargo la amais.

El jóven inclinó la cabeza sobre el pecho y murmuró:

—La admiro, la respeto, la amo como en vano querria pintarlo mi lengua.

—¡Desgraciado! ¿No considerabais que semejante amor seria un eterno pesar para mi sobrina?

—Os engañais, capitan. Si Dios me hubiera dejado vivir, Bella hubiera sido á mi lado la mas feliz de las mujeres.

—¡Cómo! Bella...

—Hubiera sido mi esposa, capitan.

—¡Vuestra esposa! ¿Olvidais que es hija de un pobre pescador?

—No conozco personas mas nobles que vuestro hermano y vuestra sobrina, repuso el jóven conmovido. Estoy cierto de que mi madre desde el cielo hubiera aprobado mi eleccion.

—¡Sueños! ¡Sueños, nada mas! repuso el capitan tristemente. Os compadezco con todo mi corazon. Mereciais mejor suerte. Adios. Cumpliré vuestro mensaje.

Y estrechando la mano del prisionero, abrió, hizo seña á los soldados, y estos condujeron de nuevo al preso al patio de la granja.

XII.

Estaba José solo en su morada, apoyada la cabeza sobre los puños cerrados y los codos sobre la mesa. Una sonrisa triste entreabria sus labios, y de vez en cuando movia la cabeza como impresionado por amargos pensamientos.

Por fin se levantó, queriendo desechar con firme propósito las ideas que le dominaban. Dirigióse á la pared, tomó una red agujereada, rehaciendo los nudos que se le habian escapado; pero apenas habia hecho una docena de nudos, arrojó la red, cayendo de nuevo en su dolorosa meditacion.

A poco dejó la choza con aire vacilante, tomó un ancla que habia en el suelo, la dió mil vueltas en la mano maquinalmente, volvió á entrar en la casa, sentóse junto al hogar en el que habia una gran olla de agua, y permaneció largo rato inmóvil, con los ojos fijos en la llama y en las burbujitas del agua.

Mientras él permanecia en esta actitud, la tia Clara entró en la choza murmurando á media voz:

—¡Es incomprensible! ¡Caer mala solo por compasion! eso seria probar que no debemos ser buenos. Es indudable que el corazon, como todas las cosas, debe permanecer en un buen medio...José, ¿porqué no trabajas? ¿qué haces, que ni siquiera te has percibido de mi presencia?

—¿De quién hablais, madre? ¿de mi prima, no es verdad? repuso el pescador. ¿Venis ya de casa del padre Stock?

(*Se continuará.*)

© Biblioteca Nacional de España

LA VIRGEN DE AGOSTO

EN CARRATRACA.

TRES DIAS DE FERIA.

PRÓLOGO.

Es Carratraca una flor
que brota todos los años,
regada por unos baños
cuyas aguas son de *olor*.
Allá van, suele decirse,
muy pocos para curarse,
no pocos para arruinarse,
y muchos por divertirse.
Y como de diversiones
tan solo voy á tratar,
y no es diversion *jugar*,
segun doctas opiniones,
Dejo en su oro ó su miseria
embebido al jugador,
y voy al dar al lector
noticias sobre esta feria.
Y cambio de metro aquí,
pues el hablar en cuartetas
es bueno para poetas,
pero es malo para mí.

II.

CARRATRACA.

Como en sentidos opuestos
bajan desde las montañas
muchos hilos plateados,
que son cordones de agua,
así descienden las bellas
en direcciones contrarias,
á los baños minerales
de la vieja Carratraca;
solo que de las vertientes
los hilos líquidos bajan
y allí las aguas conducen,
es decir, van á dejarlas;
y las niñas elegantes,
cuya salud se quebranta,
dicen al que les pregunta
que van á *tomar las aguas;*
y así dejando y tomando,
el tal pueblo adquiere fama,
y es fama que en pocos años
verá su nombre en el mapa.
Donde hay gente, ya se sabe
que la animacion no falta,
porque hay ganas de hacer mucho
donde no se encuentra nada;
y de aquí nace la feria
que voy en cuatro plumadas
á describir, demandando
perdon de sus muchas faltas.

III.

PRIMER DIA.—EL TEATRO.

Un gobierno sin cabeza
es como un cuerpo sin alma,
y por eso pidió una
la risueña Carratraca.
Y al fin tuvo una cabeza,
que unida con otras varias,
juntas formaron la *Junta*
que á las fiestas gobernara.
Leygonier, Freüller (hermanos),
Larios y Heredia, formaban
esta Junta directiva
para obsequiar á las damas;
y una funcion de *Teatro*
pensó dar; pero faltaba
no actores, que los habia,
ni orquesta, que una guitarra,
un trombon y un cornetin,
dulces piezas entonaban;
solo faltaba el teatro
y no era pequeña falta.
Mas si hay quien dijo: *imposible*,
hay quien dijo: *pecho al agua*,
y con afan y sudores
en menos que una muchacha
al amante que desdeña
le receta calabazas,
se hizo el nuevo *coliseo*.
La primer funcion fué magna,
mas cuando al pueblo llegué
esa funcion terminaba.
Esperé, pues, la segunda,
no con deseos, con ansias,
y al fin á eso de las nueve
replegó el telon sus alas
y salieron á la escena,
para un aria coreada,
varios *pollos* que cantaron
con *ruiseñoras* gargantas.
Cantóse despues *El Trípili*,
ópera ya muy nombrada,
por tres jóvenes que callo
para no aumentar su fama.
Despues el *segundo Hermann*
hizo suertes sin desgracias
y pruebas de magnetismo
con *Mr. Doré*, que estaba
haciendo de secretario
en suertes tan arriesgadas.
Un *majo* entonó despues
las *malagueñas*, con gracia,
y no sé qué otras canciones
pues no soy fuerte en guitarra.
Así acabó la funcion
sin ninguna escena trágica,
y yo me marché á buscar
el sueño que me esperaba.

IV.

SEGUNDO DIA.—LOS TOROS.

La plaza de la verdura,
que es por mas señas cuadrada,
para ser plaza de toros
quedó casi como estaba.
Una calle era el chiquero,
y en paz allí conversaban
dos bueyes, siete becerros,
seis toros y cuatro vacas,
si no equivocó la cuenta
el que yo mandé á contarlas.
A eso de las cinco y media,
cuando el sol ya no quemaba,
se presentó la cuadrilla
en la arena *tauromáquica*.
Era *Cristóbal Gonzalez*,
primero y único *espada;*
Santiago Freüller, primer
banderillero (de España),
y *Federico Gadeo*,
el *segundo*, que en la plaza
fué siempre palmoteado
y al fin se llevó la palma.
José Perez de Leon
era el único de *capa*,
y el mucho *calor* que hacia
le hizo, á veces, arrojarla.
Eran los dos picadores,
que ricos jacos montaban,
Ramos (*José*) y *Laureano*
Castel, entrambos de Málaga.
Puntillero, *F. Gadeo;*
y todos puestos en marcha
fueron á hacer el saludo
que prescribe la ordenanza.
¿Quién estaba en el balcon?
¿Quién presidia la plaza?
La autoridad competente...
del amor de nuestras almas.
La *Señora de Liñan*,
con esa elegante gracia
de las flores andaluzas
que en la corte se engalanan,
la bella *María Conradi*,
cuyos ojos arrebatan,
y la simpática y linda
jóven *Dolores Ibarra*,
formaban el triunvirato
que á la cuadrilla inspiraba
valor, para sonreirse
ante las terribles astas.
Saludó, pues, la cuadrilla
con una ardiente mirada,
y en diversas direcciones
se derramó por la plaza.
El primer toro salió
dándole al aire cornadas,
como una flecha que sale
por el arco disparada.
Mas al ver que no era campo
lo que él campo imaginaba,
el que salió como ardilla
se quedó como una estátua.
Vió venir los de á caballo
y les volvió las espaldas,
y no queriendo regalos
negóse á tomar las varas
que los diestros picadores
le ofrecian regaladas.
Mas fijándose en las bellas
que en él sus ojos fijaban,
quiso pasar por valiente
y pasó penas amargas.
La señora de Liñan
ordenó se le colgaran
banderillas, en obsequio
de lo bien que se portaba,
y á un toque de cornetin
la órden fué ejecutada.
Entrambos banderilleros
debieron á su gran táctica
no verse el uno en los cuernos,
no verse el otro en las astas;
pues el toro generoso
y hecho á costumbres no malas,
quiso ver á sus contrarios
en posicion elevada.
Puestas ya las banderillas,
al matador le tocaba
poner punto á aquella triste
inquisicion tauromáquica;
pero erró la puntería,
y dió al toro una estocada,
profunda como las penas
que las mujeres nos causan,
y á estas penas parecida,
en que hieren y no matan.
Volvióse de nuevo al toro,
que poco dispuesto estaba
á bien morir, é intentó
descabellarlo, mas vanas
fueron todas las teorías
ante la faz de la práctica.
Al juzgar de los toreros,
nunca el *cicho* se encontraba
bien preparado, y por eso
apenas dobló las plantas
lo *arrematé* el puntillero:
y varios mulos de carga,
de esos que tienen dos piés
y como nosotros hablan,
lo llevaron arrastrando,
como los diablos el alma
del que no cumple en el mundo
con lo que el Señor le manda.
No hubo mas toros de muerte
ni volvió á verse regada
la arena con sangre: otros
salieron á ver la plaza,
se pasearon, y luego
volvieron á la manada.
Así hasta catorce ó quince
recibió el pueblo con ansias,
y en verdad que eran los tales
de buen fondo y buena pasta.
Despidióse la cuadrilla,
y al saludar á las damas,
una lluvia de cartuchos
de dulces, que nunca amargan
cuando á nuestras toscas manos
los envian manos blancas,
cayó sobre los toreros
desde el balcon donde estaba
la autoridad competente
del amor de nuestras almas.

V.

TERCER DIA.—EL BAILE DE TRAGES.

En la fonda de LA PAZ,
que casi siempre está en guerra
con la otra, es donde tienen
lugar las nocturnas fiestas.
Sin duda es porque su patio
mas comodidades presta:
así se *prestára* él
por una noche siquiera.
Pero dejando cuestiones,
que á mí poco me interesan,
hablemos algo del baile
que hará en este pueblo época.
Los arcos y las columnas
que el patio en cuestion ostenta,
adornados con romero
y álamos, esto es, con yerbas,
presentaban una vista
grata, elegante, risueña.
La duquesa de Medina
de las Torres, que es tan bella
de rostro como de alma
y ámbos van en competencia,
sin presenciar los festejos
porque un velo de tristeza
le impide ver lo que pasa
en el mundo que se deja
conducir entre los brazos
de una polka ó habanera,
trabajó para que otros
disfrutasen de la fiesta,
haciendo elegantes flores,
que entre naturales puestas
llegaron á confundirse
arte con naturaleza.
Fueron en este trabajo
sus amables compañeras
Victoriana F. de Córdoba,
Las de Albear, la Marquesa
de Peña-florida, y otras
elegantes *jardineras*
del reino de Andalucía
y de Castilla la nueva.
Engalanado el salon
como un prado en primavera,
entraron las flores vivas
en pos de las flores muertas.
Animado estuvo el baile:
la sociedad mas selecta
se reunió en él, y si puedo,
aunque dudo de mis fuerzas,
voy á dirijir la vista
por las airosas parejas
que con caprichosos trages
á mis ojos se presentan.
La compársa de *aldeanas*
y *marineros* penetra
en el salon; *Mariquita*
Conradi viene hechicera.
Rosarito Villalon
es segadora que ciega,
Angela Conradi anuncia
una grata *primavera*,
y ante sus ojos de estío
muchas flores se doblegan.
La linda *Eladia Martinez*,
como *labradora*, siembra;
pero siembra amor en todos,
y esta semilla escasea.
Rosario Candau, lánguida
cual la sonrisa postrera
del sol, despertaba en muchos
inspiraciones poéticas.
Reyes y Luisa Torres
graciosas *pastoras* eran,
entrambas de lindos ojos,
y simpáticas morenas.
Los caballeros vestian
de marineros de guerra,
y eran estos, *Andrés Freüller*,
galanteador de primera,
Juan Añon, *Ramon Cortina*,
y sino marra la cuenta,
J. Torres, *y J. Valdivia*,
F. Gadeo, que espera
navegar en *mer d' amour*
si es que su *brújula* encuentra,
y *C. Gonzalez*, por último,
que la comitiva cierra.
Una segunda comparsa
vino al salon; esta era
de NOCHE Y DIA, vestidos
caprichosos como ellas,
mitad blanco y mitad negro,
y el negro lleno de estrellas.
Miradas, pues, por un lado
eran la imágen benéfica
de un DIA de encantos lleno;
y por el otro, una de esas
dulces noches de verano
que nos cantan los poetas.
Eran *noche* y eran *dia*
la preciosa *Rosa Herrera*,
Cármen Domínguez, *y cuatro*
Dolores de mi existencia:
Calderon, *Sostoa*, *Ibarra*,
y el dolor que mas me afecta,
Dolorcita de la Puente,
con su lánguida tristeza.
Los caballeros vestian
trage *Fígaro* en esencia;
mitad blanco y mitad negro
para asemejarse á ellas.
Mas ¡ay! el sexo barbudo
jamás al hermoso llega.
Y eran *dias* nebulosos
y eran *noches* de tormenta.
El baron de San Calixto
que sacó á bailar *Estrellas*;
F. Gadeo, su hermano,
fijo en el dia que espera;
José Górdon; *R. Pikman*,
Scholtz y *Segovia* completan
esta comparsa, y pasemos
á describir la tercera.
Esta se llamaba *el Asia*;
Marchaba *Tomás Heredia*
con un estandarte al frente
de la comitiva regia.
Dos infelices esclavos
que llevaban, en conciencia,
la sangre como la cara
(y la cara iba muy negra)
de verse dos buenos mozos
puestos de aquella manera,
seguian la comitiva,
y cuatro tan hechizeras
odaliscas, que el Sultan
dijo: «si posible fuera
que lo que soy de mentira
lo llegase á ser de veras,
buscara en Andalucía
las orientales bellezas.»
Otros dos negros cerraban
la marcha, mientras la orquesta
preludiando á la real
tocó una cosa cualquiera.
Eran las cuatro odaliscas.
Tota Calderon, la bella
mora, que vino á morar
en las andaluzas tierras;
María Pikman, que lucia
en el albornoz envuelta
una deliciosa cara
ornada de lindas trenzas:
Concha Sostoa, que nunca
lucir su gracia pudiera
como metida en el cuerpo
de una odalisca Europea;
y en fin, *Aurora Rodriguez*,
aurora clara y serena,
cuyo sol está en sus ojos
y ya á relucir empieza.
En cuanto á los cuatro negros,
pregunto yo: ¿quienes eran?
por el blanco de los ojos
se parecian de cerca
el uno á *Santiago Freüller*
aunque él dicen que lo niega;
otro á *Ricardo Arellano*,
negro como son mis penas;
otro á *Tomás Calderon;*
y otro á uno que quisiera
conocer, mas no le ví
nunca la cara en la fiesta.
Por último, presentóse
la *corte carratraqueña*:
Leygonier llevaba el trage
de antiguo dux de Venecia:
y con vestidos talares,
bonetes en la cabeza,
rigidez en la mirada,
magestad en la presencia,
le seguian *Juan Conradi*
su Ministro de etiqueta,
Francisco Durán, Ministro
de la PAZ y de la guerra,
Pedro Lavin, encargado
de yo no sé qué cartera,
y ante todos el heraldo
jóven, *Agustin Heredia*.
Tambien ví que iban de trages,
una jóven madrileña,
y *Ramos*, *Castel* y otros
que mi mente no recuerda.
Entre los particulares
que van, no porque los vean
sino por ver, yo recuerdo
al hacer esta reseña,
á Cármen Quirós, señora
del Marqués de la Paniega,
á la señora de Pitas,
de que ya hablé; á la Marquesa
de Peña-florida, y
á la señora de Heredia
(Tomás); á Maria Sanchez
de Quirós, á la Condesa
de Velle, á la señora
de Andrés Parladé, á Enriqueta
Cabarrús, á la señora
de Disdiez, á la Marquesa
de Casa Loring, á la
viuda de Castañeda,
y á la de Jimenez Salas,
dos viudas semi-polluelas;
á las de Lavin de Hernandez,
de Calderon y á Josefa
Cámara; á las de Liñan,
de Torres, de Grund, de Herrera,
de Alcalde, de Gomez Sancho,
de Sotelo, de Pereira,
de Roose, de Ibarra, de Armero,
de Alcántara, de Liñera,
de Candau, de Martinez
Montes, de Huelin, de Veras
de España, y de Salamanca,
las de Mitjana, de Bethman,
de Vargas, y muchas mas
tan dignas cual la expuestas;
y como todas son jovenes,
pero muy pocas solteras,
suprimo el echarles flores
porque espinas no se vuelvan,
que á las señoras casadas
la flor que mejor les sienta
es el cariño de esposo,
el respeto y la modestia.
Así pues la descripcion
termino, antes que se vuelva
sermon lo que se ha empezado
con el carácter de féria.
El salon estaba lleno
por todas partes de velas.
El buffet de ricos dulces
y helados, fué cosa buena.
E innumerables señores,
que por no hacer mas extensa
esta descripcion, suprimo,
dieron lugar á que fuera
el baile un centro agradable
de alegría y de franqueza.
El buffet servido estuvo
en la forma mas atenta
por Liñan, Pita, Molina,
Peña-florida y Paniega,
cinco señores casados
para que piques no hubiera
entre los pollos, que todos
quisieron servir la mesa.
Y cuando ya las señoras,
aquí toma y aquí deja,
el refresco inauguraron,
se abrieron todas las puertas,
y se entró la pollería
á dar una buena cuenta
de lo mucho que quedaba,
que poco para ellos era.
Así terminó aquel baile,
y así terminó la feria
que en honor de su Patrona
los de este pueblo celebran:
y en honor...á la verdad,
los forasteros costean.
Y pues hoy están los baños
de *moda* entre nuestras bellas
he creido conveniente
escribir esta reseña
para la *Moda Elegante*,
y á fin de que todas sepan,

© Biblioteca Nacional de España

que aquí siempre hay diversiones,
ya torneos, ya carreras
de borricos, ya conciertos,
ya bailes en la Glorieta,
que no ha llegado á ser Gloria
porque es un poco pequeña.
Y en fin la graciosa casa
de Parladé, que no cesa
de recibir en su seno
la sociedad mas selecta.
Y pues la pluma se cansa,
lector, como tu paciencia,
para que descansen ámbas,
pongo punto á mi tarea.

CARRATRACA Y AGOSTO.

José C. BRUNA.

CRITICA LITERARIA.

JUANA SHORE, MELODRAMA EN CUATRO ACTOS.

Sobre este argumento de Félix Romani, ha escrito una ópera el Sr. Bonetti, distinguido maestro y director de la compañía lírica que hoy actúa en nuestro teatro Principal. Estrenóse en él esta produccion la noche del 24 de Agosto; pero no habiéndola visto nosotros, nos es imposible trasmitir á nuestros lectores el resultado de nuestras propias impresiones, las que, por otra parte, poco ó ningun valor habrian podido tener como opinion artística, puesto que nos declaramos profanos en la materia. A otras personas mas autorizadas toca emprender semejante tarea, y nosotros habremos de limitarnos á decir alguna cosa de la parte literaria de la obra, refiriéndonos á los datos suministrados por su simple lectura.

El argumento de *Juana Shore* es en su esencia histórico, como lo son casi todos sus personages. Juana fué en efecto una de las muchas queridas que tuvo Eduardo IV, rey de Inglaterra, y que por el solo hecho de serlo ha hallado quien la llame hasta *virtuosa*, y haya querido hacer interesante su *desliz*, disculpándolo, ó poco menos, por la circunstancia de haber sido Eduardo un irresistible seductor. Es probable que el pobre Shore, platero segun autores, no fuera de la misma opinion de los que tal escriben, por mas que deba á su fiel esposa el alto honor de que su nombre haya pasado á la historia; cosa que de otro modo no le habria sucedido ciertamente.

Y aquí es de notar cuán de otra manera habia comprendido la virtud Isabel de Woodwill, cuando vivamente solicitada por el mismo Eduardo, le respondió siempre con aquellas palabras, tan copiadas despues, y que nuestro Lope de Vega supo expresar tan admirablemente en aquellos sabidos versos:

«Para dama vuestra, mucho;
Para esposa vuestra, poco,

ultimatum femenino que decidió al monarca á dar á Isabel su mano, y con ella la corona de Inglaterra.

La accion se supone empezar por los años de 1483, aunque por yerro, que suponemos de imprenta ó de pluma, se haya puesto en el libreto como época la de los años próximos á 1280. El duque de Glocester, despues rey con el nombre de Ricardo III, tenia en prision á la reina viuda y á los hijos del difunto rey, á los cuales pertenecia legítimamente la corona. Resuelto Ricardo á usurparla en perjuicio de sus dos sobrinos, sin que para conseguirlo le arredrase ninguna especie de crimen, logra que la cámara de los pares le nombre Protector del reino, lo cual era ya abrirle el camino del trono.

Hasta aquí parece que Juana Shore nada tenga que ver en el asunto; pero el sagaz Glocester pensaba de otro modo. Veamos porqué. Hastings, señor de gran valía y autoridad, protegido de Eduardo IV, habia permanecido fiel al hijo de este monarca; y si bien apoyó el protectorado de Ricardo, fué por imaginar que el niño rey habia menester del favor de un hombre que, como su tio, tuviese bastante valor, energía y poder para servirle de escudo. Sin embargo, no se ocultaba al nuevo Protector que sus ambiciosos designios, una vez declarados, habian de encontrar en Hastings un acérrimo cuanto temible contrario.

Ahora bien, Hastings estaba enamorado ciegamente de Juana Shore, si bien allí se supone que ella ahora, haciendo alarde de fidelidad un tanto tardía á la memoria del esposo á quien hizo traicion, rehusaba los obsequios del amigo del difunto rey su amante, llegando su arrepentimiento hasta el punto de haber hecho labrar en su jardin un sepulcro, que debiera contener los restos mortales de Shore, al que juzgaba muerto en extraña tierra. Juana aparece allí, pues, como una Artemisa *traviata* que llora fuera de sazon á su legítimo esposo, mientras no hallase alguna amiga que le dijese lo que en boca de una dama pone nuestro Quevedo, refiriéndose al mismo asunto:

«Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.»

A pesar de estos alardes de virtud, comprende muy bien Ricardo que cuando menos Juana ha de egercer grande influencia sobre Hastings, hasta el punto quizá de volverlo favorable á sus proyectos. Para pensar así se funda en que el mismo Hastings habia venido á pedirle su proteccion en favor de Juana, amenazada y perseguida; proteccion que aquel da palabra de concederle.

Mientras esto acontece, Shore, al que se tenia por muerto segun digimos, vuelve de incógnito á Lóndres, y se presenta á Juana haciéndose pasar por hermano de su esposo, en lo cual no pone ella duda alguna. La cosa, despues de todo, importa muy poco para la accion, y en rigor pudo muy bien el autor haberse dejado en el tintero á este personage; puesto que un marido cuya esposa le abandona por otro, y que sin embargo vuelve á buscarla, no hace un papel muy lucido que digamos, y ni en un drama ni en la sociedad puede nunca despertar el interés.

Ricardo, constante en su propósito, envia á sus arqueros para que conduzcan á Juana á su presencia; pero nada pueden contra ella las amenazas del Protector, y firmemente rehusa la propuesta que se le hace de procurar que Hastings se aparte de su fidelidad hácia el legítimo rey, el niño Eduardo V. En vista de semejante negativa, Glocester acusa ante la cámara á Juana como autora de sortilegios empleados contra su persona, siendo su cómplice el mismo Hastings, y son ámbos, por tanto, condenados á muerte.

Sin embargo, el suplicio de los dos no debia ser el mismo; á Hastings se le cortó la cabeza; pero Juana estaba destinada á perecer de hambre y de sed, mediante la absoluta prohibicion de que nadie la socorriese. Acosada, maltratada, escarnecida, viene á caer sin fuerzas en los brazos de Shore, y un hombre compasivo le dá un poco de agua. Los soldados, mandados por Buckingam, pretenden descubrir al culpable; pero Shore se dá á conocer, y se delata á sí mismo como criminal, puesto que de la compasion se queria hacer un crímen; mas en aquel momento los lejanos ecos de la música y el estruendo de las salvas anuncian al pueblo de Lóndres que Ricardo es rey, y que se dirige al templo. En efecto, aquel aparece rodeado de su comitiva; el pueblo entero pide gracia, y Juana la solicita para su consorte. Ricardo perdóna ambos, y es aclamado por su clemencia, mientras los esposos Shore se proponen ir á olvidar sus penas en menos tristes playas, donde esperan les sonria de nuevo el amor y la ventura.

Hasta aquí el argumento.

Nosotros comprendemos que no es posible ser exigentes con un libreto de ópera, aunque este sea de Félix Romani, porque todos mas ó menos tienen que resentirse de estar escritos para ser puestos en música, la cual ha de ocupar siempre el lugar de preferencia, y á ella, por tanto ha de subordinarse el drama. Diremos, sin embargo, que el interés que como tal drama intenta producir *Juana Shore*, solo puede producirlo é medias, porque es un interés ficticio, un interés que carece de verdadero motivo. No está él en la esencia de los caractéres ni de las situaciones, sino, cuando mas, lo podrá estar en lo bien escrito de la letra y de la música.

Juana no será nunca otra cosa que una mujer sin virtud y sin pudor, como lo son todas las que abandonan á un marido para echarse públicamente en los brazos de un amante, y Shore no puede dejar de aparecer siempre como un hombre sin decoro. ¿Qué interés es posible dar á dos caractéres semejantes!

Los de Ricardo y Hastings están bien presentados, y conformes con la historia. La versificacion nos ha parecido muy buena. No así el drama en general, segun se colige de lo que llevamos dicho.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL COCHE DEL DIABLO.

Nuestro estimable colaborador el Señor Don Julio Nombela, que acostumbra honrar esta publicacion mensualmente con sus amenas Revistas de Madrid, acaba de publicar una novela, que lleva por título las palabras de nuestro epígrafe.

Sin perjuicio de ocuparnos mas detenidamente de esta produccion, la recomendamos desde luego á nuestros benévolos lectores y bellas lectoras, á quienes al efecto manifestamos que los dos tomos que la expresada novela comprende, se hallan venales al módico precio de 9 rs. vn, cada uno, para provincias, en la librería de Ambos Mundos de los Señores Medina hermanos, calle de Preciados número 17. Madrid.

Explicacion del figurin iluminado.

NEGLIGÉ PARA BAÑOS DE MAR.—Enagua muy larga de alpaca color mahon; una tira de tafetan grosella, cortada al sesgo, forma en el borde inferior diez puntas. En el interior de estas, se hallan once cintas de tafetan grosella muy estrechas, puesta de arriba abajo. Las tiras al sesgo se orlan con trencilla negra. En el vértice de cada punta va un grueso boton grosella, debajo del cual se fijarán presillas destinadas á recoger la enágua sobre un guardapiés de la misma tela, guarnecido por un volante encañonado, festoneado con seda grosella. Camiseta montante con cinturon grosella. Paletot corto, suelto, orlado por una tira grosella como la de la enagua. Corbata negra. Sombrero Enrique 3.º, con plumas negras y escarapela grosella.

TRAGE DE GASA DE SEDA BLANCA.—Adornado con una doble greca de tafetan azul cubierto con un guipur negro. La greca sube por el lado izquierdo, y termina en un lazo azul guarnecido de guipur. Coselete escotado, completado por una camiseta fruncida y escotada, de batista. Mangas cortas con lazos en los hombros. El corpiño está atravesado delante y detrás por una banda de cinta ancha de tafetan azul, anudada debajo del brazo derecho en el sitio que se marca. Los largos cabos de esta banda se guarnecen con guipur negro. El corpiñito del trage, cortado en punta por arriba, se adorna con dos cintas de tafetan azul cubiertas de guipur negro. Una cinta estrecha de terciopelo azul sirve de jareta á la camiseta de batista; pasa por una puntilla de guipur blanco, cosida al borde de aquella.

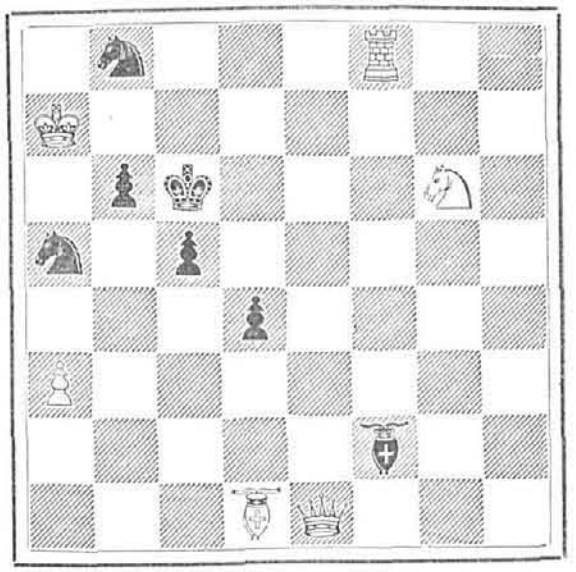
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N. 4, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

	Blancas.	*Negras.*
	1.ª C. 4.ª T.R.ª	R. 2.ª R.ª (A) (B)
	2.ª C. 6.ª C.R. Jaque.	R. juega á cas.ª R.ª ó á 3.ª id. (indiferente).
	3.ª Torre, mate.	
(A)	1.ª.....	R. 4.ª R.ª
	2.ª T. 3.ª R.ª Jaque.	R. juega.
	3.ª Cab. mate.	
(B)	1.ª.....	Peon un paso.
	2.ª C. 6.ª C.R.ª	(Indiferente.)
	3.ª Torre mate.	

PROBLEMA N.º 4, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

56. Rue Jacob. Paris

© Biblioteca Nacional de España